

PRÓLOGO

...Y verás **un lado amable** de la existencia
Carlos Mario Correa. *Préstame tus ojos*. Editorial Mi propio Bolsillo, Medellín, 2005.

César Alzate V.

Cuando *El Espectador* todavía era *El Espectador* y nosotros ya empezábamos a dejar de ser nosotros, me encontré en la Universidad de Antioquia con Carlos Mario Correa. Yo andaba buscándole el lado al periodismo y la academia no hacía otra cosa que mostrarme lo mal que iban las cosas. Entonces los horarios de clase me arrinconaron frente a un curso de Periodismo II que deseaba ver con un profesor y me tocó ver con otro. Este otro era Carlos Mario, aunque yo no lo sabía. Fue, por una vez, un golpe afortunado de la mala suerte. Carlos Mario se estrenaba como profesor de un oficio que llevaba no sólo en el corazón sino en cada una de sus células —incluyendo las neuronas, cosa no del todo frecuente— y al que dedicaba lo mejor de sí, que era mucho, como jefe de redacción en Medellín del periódico al que todos admirábamos.

Bastaron unas pocas sesiones para descubrir en Carlos Mario a uno de esos dos o tres profesores por los que valió la pena la Universidad. Años después, cuando las urgencias económicas habían obligado a *El Espectador* a mutar en boletín de prensa de un grupo empresarial y nosotros no éramos ni siquiera nosotros, el antiguo profesor me permitió leer el original de *Préstame tus ojos* y, como si no fuera evidente, me preguntó si el libro merecía publicarse. La pregunta no podía responder sino a ese pudor y a esa timidez que marcan a su autor y lo empujan a excesos de modestia.

Aquí están, todas juntas, las lecciones de periodismo que el cronista y el reportero Correa nos han dado a sus lectores y a sus estudiantes a lo largo de ¿cuántos años? La más obvia de esas lecciones, podría uno concluir tras la lectura de esta veintena y pico de crónicas, es que el periodismo habla por la gente, de la gente y para la gente. “Vea, parcero, la de arriba del pecho como un triángulo es la puñalada que le pasó por encima del corazón hasta el pulmón y lo mató”, nos señala en una de las páginas más insólitas del libro el amigo del muchacho asesinado que resucitó justo en el momento en que empezaban a hacerle la necropsia y que está seguro de que podría ganarle una demanda al Estado de no ser porque no tiene amigos influyentes y su única forma de hacerse oír es ser escuchado por el periodista.

Por intervención grata de algún hado, las historias de Carlos Mario provienen de la entraña misma del pueblo que sufre y goza todos los días, que padece a los malos gobiernos, a los salvadores y a los que lo salvan de los salvadores, que se hace el de la vista gorda ante el dolor o simplemente descubre que la vida hay que vivirla a pesar de todo. La mayoría de esas historias fueron investigadas, pensadas y sentidas para el periódico y publicadas con mutilaciones infligidas por editores ausentes, y una que otra fue producto de alguna investigación académica que derivó, como esa de los perros que tienen nombres de

asesinos temibles —Stalin, Tyson, Jack, Amín Dadá—, en excitante reportaje. Aquí están ahora, completas, seleccionadas para la posteridad y bien añejadas por la fuga del tiempo: la más antigua data de 1995 y da cuenta de las alegrías y desgracias de un pueblo en el que los números de la suerte aparecen en el lomo de los pescados o en el patacón del desayuno y la más reciente data del 2001 y nos lleva a vernos con un grupo de ciegos en el estadio.

Más que los invidentes o los minusválidos, por aquí pasan las personas que se sobreponen a la adversidad y, sin hacer caso omiso de ella —porque no se puede ni se pretende—, descubren lo que todo el mundo a ratos: que sí, sí, se puede ser feliz o, por lo menos, vivir. Los ya mencionados ciegos que conforman una barra de seguidores del Deportivo Independiente Medellín (bueno, hay que estar ciego para ser hinchas de tal equipo), y aquellos otros que ingresan como estudiantes a la Universidad y andan pidiéndole a alguna monitora que les preste sus ojos para leer. Los niños especiales que se proclaman campeones de la sencillez y la transparencia. Los artistas que pintan con los pies. O el hombre que se impuso a las evidencias médicas que lo condenaban a no moverse del cuello para abajo por el resto de su vida y en el camino de la superación sólo acepta un límite: el de llegar a correr, “porque tengo que ser realista”. La secuencia incluye al policía que compone y canta rap, merengue y salsa.